

estar buscando mis acompañantes, á quienes he plantado en mitad del camino.

—No les envidio mas que en una cosa, dijo con amargura Corentin. Ellos os pueden ver, hablar, seguirlos...

—¿Y qué creéis que ganan con eso?

—Y como son ricos serán dichosos.

—¿Por qué?

—Dicen que el señor de Ambarés se vá á casar con vos.

—En efecto, mi madre lo desea.

—¿Y vos?

Nicolasa clavó sus ojos en los de Corentin.

—El matrimonio es una cosa muy grave, y como dice el refran, antes de casarse hay que pensarlo mucho. Pensaré lo que debo hacer y veremos... No me deslumbran la fortuna ni la elegancia, Corentin. Estad seguro de que no me uniré nunca sino con el hombre de quien verdaderamente esté enamorada.

Nicolasa pronunció estas palabras con una gravedad que no estaba en su carácter y que hubiera llamado la atencion de un hombre mas suspicaz que Corentin.

Luego, recobrando su habitual jovialidad, añadió:

—Adios, primo, hasta la vista. No olvideis el camino de la Piedra de las Hadas. Habels prometido bajo la fé de caballero hacer todo lo que os mande. Os mando volver aquí. Aquí nos veremos.

Corentin volvió á besar la mano á Nicolasa, y ésta, metiendo las espuelas al caballo, desapareció por entre las tortuosas veredas que conducian á la Piedra de las Hadas.

XXI.

Lo que aman las muchachas.

Cuando el capitan Estrelles se despertó, bullían en su cabeza proyectos maquiavélicos.

Se levantó, se puso su traje de campo mas elegante, se atusó los bigotes con mas cuidado que nunca y, ginete en uno de los mejores caballos de las cuadras de la marquesa, tomó el camino de Penhoet, donde, como hemos visto, se cruzó con la señorita de Fonterose.

Partidas de caza verdaderamente régias; una mesa espléndida y buenos caballos para pasearse: sólo le faltaba, para dar por bien empleado su mes de licencia, una conquista amorosa.

Su primera excursion á Penhoet habia sido un rayo de luz.

Al ver á Santa asomada á la ventana de la torre-cilla de la casa de los Kerandal, hubiera podido exclamar como Arquímedes: «La he hallado...»

El capitan Estrelles no era de los hombres que vacilan en sus resoluciones. Habia nacido para poner

en práctica el precepto de Horacio: «Corre tras el desenlace.»

En asuntos de amor hacía mas que correr, volaba. Su plan estaba trazado.

Cuatro ó seis días para establecer sus baterías alrededor de la plaza y levantar las trincheras; dos ó tres para dar el asalto, y el resto del mes para gozar de su victoria.

Cuando estuvo á corta distancia del castillo, encendió un cigarro y tomó al trote el camino de Penhoet, donde llegó una hora despues.

Al entrar en la plaza, vió á José, el muchacho que cuidaba de las vacas de los Kerandal, y le llamó.

José venia de llevar una carga de legumbres al señor rector y de convidarle á probar aquella noche la carne del jabalí que el dia antes habian cazado Corentin y Jacobo.

—¿Es esa la casa de los Kerandal, muchacho? le preguntó el capitán señalando la casa solariega de los ilustres bretones.

—Sí, señor, le contestó José, despues de vacilar un momento. Esa es.

—¿Dónde están en este momento los Kerandal?

—Jacobo y Corentin han salido de casa.

—¿Iban lejos?

—No me lo han dicho ni yo se lo he preguntado. Michaud va con ellos. El señor Ibo, mi amo, está trabajando en el campo.

—¿Luego tú sirves al señor Ibo cuando le llamas amo?

—Sí, señor, soy criado de la casa.

—¿Cómo te llamas?

—José Treneuse.

—¿No ha quedado nadie en la casa?

—Sí, señor; Santa, porque su madre está en la iglesia, donde se pasa todo el dia, y Catalina ha ido á llevar las vacas al prado.

—¿Quién es Catalina?

—La criada.

El capitán sacó una moneda del bolsillo y se la enseñó á José, que retrocedió deslumbrado como si hubiera visto los tesoros de Golconda.

—Toma esta moneda, y pregunta á tu señorita si me permite ver la casa para sacar una copia de ella.

—Sí, señor.

—¿Crees que accederá á mi pretension?

—¿Y por qué no ha de acceder? contestó José. La señorita es muy buena. Y si quereis comer un pedazo de carne de jabalí ó beber un vaso de sidra, os le dará.

—Vé, que tengo prisa.

El capitán se acercó á la casa, mirando fijamente á las ventanas, que estaban entornadas.

Santa, que estaba detrás de una de ellas, le vió, y con la coqueteria natural en las mujeres, se acercó al espejo y se pasó un peine por la cabeza.

Al saber por José que el desconocido solicitaba ver la casa para sacar una copia de ella, sintió que se le oprimía el corazón, comprendiendo que no iba á sacar una copia de la casa, sino á verla á ella.

Pero no obstante, bajó precipitadamente la escalera para recibir al capitán, que esperaba la contestación de José en el portal de la casa con el caballo del diestro.

Santa dudaba de la elegancia de su traje; pero estaba segura de su hermosura.

Al verla, el capitán se inclinó respetuosamente.

—Me han hecho en Santa Gilda tan grandes elogios del mérito artístico de esta casa, dijo á Santa, que deseo tomar algunos apuntes de ella si me lo permitís.

La emoción no dejó á Santa contestar más que con un movimiento de cabeza afirmativo.

El capitán dió las riendas del caballo á José, y se puso á examinar la casa, sin apartar los ojos de Santa.

—Mejor se podría sostener un sitio en esta casa que en algunas fortalezas, dijo Estrelles. Con una guarnición resuelta sería empresa larga y difícil tomarla.

Y calculando que José no podía verlos ni oírlos, se acercó á Santa resueltamente, y la dijo:

—Ya habreis comprendido, señorita, que no me ha traído aquí el mérito artístico de vuestra casa, sino vuestra deslumbradora hermosura.

—¡Caballero! murmuró Santa.

—Dejadme hablar, señorita, prosiguió el capitán. No teneis nada que temer de mí. Ayer os vi por primera vez, y desde aquel momento me dije que mi vida tenía un objeto, y que ese objeto estaba en esta casa. No me digais que para enamorarse de una mujer se necesita más que verla. Es una vulgaridad. El amor nace en el momento en que se encuentran dos seres destinados el uno para el otro. No os exijo que me ameis como yo os amo. Sólo os pido que me permitais veros y escribiros hasta que, comprendiendo que debemos pertenecernos por ley del destino, correspondais á mi amor. Todos los días vendré á Penhoet, Asomaos á la ventana.

Y sacando del bolsillo un libro de memorias, escribió en una de sus hojas estas palabras:

«Santa, juro amaros toda la vida. —ROBERTO.»

Y se lo dió á Santa.

Santa lo tomó, pero no desplegó los labios.

¡Tan grande era su emoción!

Un momento después partía el capitán, y Santa recomendaba á José que no dijese á nadie que había estado en Penhoet y en casa de los Kerandal uno de los huéspedes de Santa Gilda.

XXII.

Los dos hermanos.

Corentin permaneció largo tiempo en la Piedra de las Hadas, preguntándose si habría sido víctima de un sueño.

Aquella mujer, á quien, si no su enemiga, creía al menos indiferente á la suerte de sus parientes, tratada con tan soberano desdén por la marquesa de Fonterose; aquella mujer, que debía abrigar respecto á los Kerandal las mismas preocupaciones que su padre y su madre y las mismas hostilidades, acababa de darle la mano de amigo y habia apagado todo su ódio como se apaga una luz al mas leve soplo.

¿Era esto posible?

Corentin lo dudaba, á pesar de la evidencia.

Cuando perdió de vista á Nicolasa, cogió la escopeta, que habia arrojado entre los juncos, se la echó al hombro, y abandonó aquellos lugares que debian ejercer tan gran influencia en su vida.

Habia dicho «á fé de caballero» y estaba dispuesto á cumplir su palabra, aunque tenia demasiado ligero el bolsillo para sostener dignamente aquel título.

Las palabras de Nicolasa, convirtiendo su ódio en cariño, habian descargado á Corentin de un gran peso.

¡Pero no, era imposible!

Él, un salvaje sin educacion, un hombre de campo que habia hecho la guerra como simple soldado, no podia ser objeto del amor de una mujer como Nicolasa, rica, distinguida y elegante.

Nicolasa le compadecía. Esto era todo. Y aun esta compasion no pasaria de ser un capricho.

Al desembarcar de uno de los senderos del bosque, sintió que una mano se posaba en su hombro, y volviéndose bruscamente, se halló delante de Jacobo, con su espesa cabellera caída sobre el cuello, sus grandes ojos redondos, sus espesas cejas y su enorme cabeza, parecida á la del condestable Duguesclin, el hombre mas rudo y peor encarado de su época.

Corentin retrocedió un paso.

Por primera vez le dió miedo el semblante de su hermano.

Jacobo habia abierto un abismo entre la señorita de Fonterose y los Kerandal.

Sus manos estaban manchadas con la sangre del marqués de Fonterose.

¡Si Nicolasa llegara á saberlo!

El habia aconsejado el crimen y su hermano le habia consumado.

Una barrera insuperable se levantaba entre él y el paraíso que habia soñado.

—¿Vienes de las landas? le preguntó Jacobo.

—Sí.

—¿Has visto á la señorita?

—¡Cómo! ¿Sabes?...

—No sé nada. Te pregunto. La he visto salir del bosque á escape. La he tenido á tiro de mi escopeta. Con tocar al gatillo hubiera acabado todo. Después hubiéramos arrojado su cadáver á la laguna, que no habla. Espero tus órdenes. ¿Cuándo me las darás?

Corentin se estremeció.

—No es tiempo todavía, dijo.

Jacobo le miró de una manera particular.

—También he visto á su futuro, añadió. Iba acompañado de un hombre rubio. El otro es moreno. Nicolasa les había plantado en mitad del camino. Estaba detrás de un árbol y oí su conversacion. El rubio decía al moreno:—«Es preciso que te des prisa, Juana sospecha y puede caer aquí el día menos pensado como una bomba.»—El moreno, al oír estas palabras, se puso muy pálido y se mordió las uñas de cólera. Indudablemente ese señor Ambarés es un buen mozo, pero vales tú más que él. Yo, por el contrario, soy feo y repugnante. Nunca he sentido hasta ahora no parecerme á tí.

Siguieron andando uno al lado del otro, hasta que Jacobo se detuvo de nuevo y preguntó á Corentin:

—¿Qué ha ido á hacer la señorita á la Piedra de la Hadas? Tú debes saberlo...

—¿Por qué?

—Tú conoces sus secretos. Ayer se separó de sus compañeros de expedicion para hablarte á solas. ¿Que te dijo?

—Me preguntó cómo seguía nuestra madre.

—¡Bah!

—El estado de nuestra madre llama la atención á todo el mundo. El señor Lesguidou, el notario, esa víbora venenosa, dice que tiene visiones que no son naturales y que debería interrogarla el señor juez.

—¡Interrogarla! ¿Sobre qué?

—¿Lo sé yo, por ventura? El señor Lesguidou nos ha querido siempre mal.

—El día que menos lo espere nos las pagará todas juntas.

Corentin se quitó el sombrero y se enjugó el sudor de la frente con la palma de la mano.

El pasado de su familia se le representaba con todos sus horrores, sobrecogiéndole de espanto.

Cada vez le parecía más imposible la redencion que le había hecho entrever Nicolasa con sus dulces palabras.

Un soplo bastaría á deshacer todos sus sueños de ventura y de grandeza.

El señor Lesguidou no había perdonado á los Kerandal que se escapasen de entre sus uñas en el momento que iba á aniquilarlos.

Hacia diez años que les espiaba cautelosamente;

pero, gracias á Ibo, no habian vuelto á caer en sus manos.

Adivinó que los Kerandal tenian un secreto, y cuanto mas tiempo tardaba en penetrarlo, mayor era su irritacion.

Ochenta mil francos no se encuentran debajo de una piedra.

Los Kerandal habian pagado todo lo que debian. ¿De dónde habian sacado el dinero?

Este era el secreto que perseguia el señor Lesguidou.

La historia de la dolencia de María Ana empezaba á preocuparle.

Siempre que iba á Penhoet, preguntaba á Cahusac, el herrero, por María Ana.

La hermosa hija de Guehennec se veia asaltada frecuentemente de terrores súbitos, de crisis violentas, y las pasaba encerrada en su cuarto, sin dejarse ver de nadie.

Cahusac, que no tenia motivos para desconfiar del señor Lesguidou, le daba todos estos detalles con la mejor buena fé del mundo.

El Sr. Lesguidou afectaba la mayor conmiseracion, pero allá en su fuero interno levantaba acta de todos ellos, para ir formando su composicion de lugar.

Las mismas preguntas que á Cahusac dirigia el señor Lesguidou á Juan, el guarda, siempre que le veia.

Pero Juan era mas astuto que Cahusac;] no decia mas de lo que le convenia decir.

El señor Lesguidou creia tener un hilo de la trama y buscaba los demás sin descanso.

—¿En qué piensas? preguntó Jacobo á Corentin, despues de haber andado una legua sin desplegar los labios ni uno ni otro.

—Pienso en que somos unos bribones, contestó Corentin.

—Mucho has tardado en conocerlo, repuso Jacobo, acompañando sus palabras con una ruidosa carcajada. ¿Te ha inspirado el diablo la idea de arrepentirte? Harás un buen ermitaño. Sobre todo, no faltarian muchachas hermosas en tu ermita. ¿Pero, qué sería de mí sin tu concurso? Tú eres la cabeza, yo soy el brazo, Corentin.

El ruido de un carruaje, que avanzaba lentamente por el camino, interrumpió á Jacobo.

Los dos hermanos retrocedieron algunos pasos, ocultándose detrás de los árboles del camino.

Era el carruaje del señor Lesguidou é iba conducido por él mismo, siguiéndole á corta distancia Michaud, el cabo de gendarmes.

Al llegar frente al sitio en que estaban ocultos los dos hermanos, el Sr. Lesguidou detuvo el carruaje para dar algunos momentos de descanso al caballo.

—Desde Porninguen hasta Santa Gilda hay mayor distancia de la que puede soportar mi caballo sin to-

mar aliento. Tampoco al vuestro, Sr. Michaud, le vendrá mal este descanso ¿Conque quereis casaros con la pequeña Kerandal?

—Sí, señor. Hoy mismo pienso presentar mi candidatura. Aquí, para entre nosotros, creo que será bien recibida.

—¿Tan prendado estais de Santa?

—Me tiene sorbidos los sesos, señor Lesguidou. ¡Es encantadora!

—Pero no tanto como lo ha sido su madre. Era la mujer mas hermosa del país en su tiempo. Yo me hubiera casado con ella, aunque era pobre de solemnidad, Pero ella prefirió á Kerandal. Ahora pue- de que la pese. ¿De manera que estais decidido?

—Sí.

—¿Entonces, ¿por qué me habeis consultado si debíais casaros ó no?

—Estoy decidido, sin estarlo. Espero vuestra opinion para acabar de decidirme. Sois del país y conoceis el mundo. En diez leguas á la redonda no hay muchacha mas hermosa, como vos mismo habeis confesado, y respecto á la familia á que pertenece, no hay nada que decir. Es la mas noble de Bretaña.

—A mí no me gusta hablar mal de nadie, pero tratándose de vos, debo ser franco. Se habla mucho de la familia Kerandal. La historia de su padre muerto á media noche al borde de un barranco...

—Un accidente, objetó el gendarme.

—¡Un accidental repitió el señor Lesguidou sarcásticamente. Esa explicacion de su muerte, nunca me ha satisfecho. Además, hay otro misterio en esa familia. ¿De dónde puede haberles venido el dinero con que han pagado sus deudas? ¿Y la muerte del marqués de Fonterose? Han acusado de ella á los soldados que le acompañaban, y uno de ellos era Jacobo Kerandal. Otra cosa que no está clara.

— Son fábulas que han inventado las gentes para desacreditar á esa familia, exclamó Michaud. La calumnia no respeta á nadie... Ni á vos mismo, señor Lesguidou.

El señor Lesguidou prosiguió, encogiéndose desdenosamente de hombros, y clavando una mirada de compasion en Michaud:

—Solamente en el castillo de Santa Gilda no se saben estas cosas. Sin embargo, yo creo que la señora marquesa sospecha algo. ¿De qué puede provenir la locura de María Ana? Dicen que se la aparecen los muertos... Vendrán á pedirla justicia contra los Kerandal porque ella siempre ha sido buena y es incapaz de hacer daño á nadie... No os aconsejo, que entreis en esa familia.

Michaud escuchaba con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Amaba realmente á Santa y no podía resignarse con la idea de prescindir de ella.

—No, no, exclamó, nada de lo que se dice de los

Kerandal es verdad... Si hubiera pruebas, la justicia habría intervenido ya en los crímenes de que se les acusa.

—La justicia es ciega, repuso el señor Lesguidou, y los Kerandal muy hábiles. Cazan de noche como los lobos y no es fácil sorprenderlos *infraganti*.

—Santa es un ángel, dijo Michaud.

—Pero es una Kerandal, replicó el señor Lesguidou.

Y dando un latigazo al caballo, puso el carruaje en movimiento.

Cuando le perdieron de vista, Corentin y Jacobo salieron de su escondite.

Corentin estaba pálido como un muerto.

Las facciones de Jacobo revelaban la misma indiferencia de siempre.

—¿Has oído? preguntó Jacobo á Corentin.

—Tienes razón, dijo Corentin con voz ahogada. El gran castillo no puede hacer las paces con el pequeño. Y, sin embargo...

Se detuvo

El carruaje del señor Lesguidou volvía sobre sus pasos, y los dos hermanos volvieron á ocultarse detrás de los árboles.

Al pasar por delante de ellos, murmuró Jacobo con voz ronca:

—Señor Lesguidou, otro día arreglaremos esta cuenta.

XXIII.

Una revelacion.

Dos ó tres veces habia escrito Roger al judío Blunner, participándole los rápidos progresos que iba haciendo en el corazón de su prometida, que sería su mujer en breve plazo.

Por este lado, nada tenia que temer el amante de Juana, ó al menos él así lo creía, y Blunner, por su parte, estaba tan tranquilo, que no tuvo inconveniente en hacerse cargo del pago de algunas pequeñas deudas de Roger.

Pero, al hacerlas efectivas, supo cosas que ignoraba.

Roger tenia una querida.

Vivia en un hotel de la calle de Atenas.

Se llamaba Juana.

No se la conocia otro nombre.

Entre otros vicios, los judíos tienen el de la curiosidad.

Los pequeños acreedores de Roger ponderaron á Blunner la hermosura de Juana, diciéndole uno de ellos que si aquel amor no estaba legitimado, lo estaría en breve, según palabra de honor dada por Ambarés.

Este misterio empezó á inquietar á Blunner.

Podía encerrar un peligro para el matrimonio de Roger con la señorita de Fonterose, única esperanza que tenía de realizar sus setecientos mil francos.

Blunner no se fiaba de nadie para los asuntos que le interesaban, y en vez de valerse de una segunda persona para inquirir los informes que necesitaba, se decidió á ir él mismo á ver á Juana, y una tarde, vestido con su mejor traje, se presentó en el hotel de la calle de Atenas.

Cuando Blunner entró en el salon. Juana estaba delante de una mesa escribiendo.

Al ver al desconocido, dejó la pluma sobre la mesa y señaló una silla á Blunner para que se sentara.

Blunner aceptó el ofrecimiento.

—Señora, dijo, os extrañará mi visita, no teniendo el honor de figurar entre vuestros amigos; pero necesito saber dónde está el señor de Ambarés, con quien tengo asuntos de gran importancia. Me han dicho que ha salido de París hace algunos dias.

—En efecto, contestó Juana.

—¿Sabeis y podeis decirme la causa de su ausencia?

Tiene una gran casa, un rico mobiliario, carruajes, caballos y criados, y vive como un príncipe. Juzgando por las apariencias, cualquiera le creeria millonario.

Juana permaneció inmóvil.

—Vos tambien teneis un precioso hotel, prosiguió

Blunner sin inmutarse. Pero, por desgracia, la fortuna del señor Ambarés es impotente para sostener por mas tiempo su lujo y el vuestro. El edificio se ha cuarteado y amenaza ruina.

Juana volvió los ojos hácia la mesa y los fijó en la tarjeta del desconocido.

El nombre de Blunner, escrito en ella, no le era desconocido.

Le había oido pronunciar á alguien en alguna parte, no sabia á quién, tal vez á su padre.

Juana no contestó á esta pregunta.

—Ya me figuraba yo que la ignoraríais, añadió Blunner. Hay detalles que no pueden confiarse ni á los amigos mas íntimos.

Juana se estremeció.

—No creo, dijo, que el señor Ambarés tenga secretos para mí.

—Sí, contestó brutalmente el judío. Un hombre siempre tiene secretos para una mujer. Y esto es tan cierto, que tengo la seguridad de que ignorais en absoluto los proyectos de vuestro amante.

Juana tuvo que hacer un vi lento esfuerzo para no dejarse llevar de la cólera y hacer que sus criados pusieran en mitad de la calle á aquel insolente.

Pudo preguntarle con qué derecho se mezclaba en sus asuntos; pero no desplegó los lábios, ni siquiera varió de actitud.

Blunner, desde que vió á Juana, se sintió profundamente impresionado por su hermosura.

Buscaba una querida, Juana realizaba su ideal. ¿Se la robaria á Roger? Nada mas facil. Era cuestion de dinero. Juana era un objeto de precio, pero Blunner era generoso cuando le convenia serlo.

Tomó aliento, y sin dejar de mirar á Juana, prosiguió su interrogatorio.

—¿Creiais rico al señor de Ambarés? preguntó.

Tampoco esta vez le contestó Juana.

El señor Ambarés, continuó el judío, pertenece á una raza de hombres que, en vez de gozar tranquilamente de sus rentas, entregando su fortuna á un hábil administrador, la derrochan sin compasion, creyendo que no se acabará nunca. Juegan á la Bolsa, siembran de dinero los clubs, y antes de declararse en quiebra, piden prestado más de lo que pueden pagar. Esta es la situacion de vuestro amante. Si yo le pidiera hoy la liquidacion de nuestras cuentas, no tendria mañana una silla en que sentarse. Y más pronto ó más tarde tendré que pedírsela, porque soy inflexible en mis negocios, cuando no se trata de mujeres hermosas.

Juana sostuvo con impavidez la insolente mirada con que el judío acompañó estas palabras.

—¿De manera que Roger está perdido? preguntó rompiendo por fin su pertinaz silencio.

—No, contestó Blunner. Si yo me viera en el caso

del señor Ambarés, no habria salvacion para mí. El señor de Ambarés tiene un medio de salvarse. Vender su nombre y su libertad.

—¿Qué entendeis por vender su nombre y su libertad? preguntó Juana con ansiedad.

—Las personas de clase, cuando están arruinadas, buscan una mujer que tenga un gran dote y se casan con ella.

Blunner vaciló un momento, alarmado por la contraccion del semblante de Juana.

—No os detengais, dijo ésta con voz entera.

—En este caso se encuentra el señor Ambarés.

Un puñal que le hubiera clavado en mitad del pecho, no le habria hecho sufrir tanto como esta revelacion.

—Hablo en general, se apresuró á añadir Blunner.

—No trateis de ocultarme la verdad, porque todo lo que me habeis dicho lo sospechaba yo, repuso Juana. Tengo valor para oirlo todo. Acabad. ¿Roger se va á casar?

—Si puede, creo que sí.

—¿Estais seguro de ello?

—Estoy seguro.

—Basta de reticencias, dijo Juana levautándose y acercándose á Blunner. Roger me habia dado palabra de casarse conmigo. Me engaña. Necesito una prueba de su traicion. Dádmela.

—¿Dudais de mi palabra?

—No sé lo que pienso, no sé siquiera si vivo. ¿No lo conocéis? Creo que voy á perder el juicio. ¡Dios mío, cuánto sufro!

Y dirigiéndose hácia su *secretaire*, le abrió y sacó de él un legajo de cartas.

—Tomad, dijo á Blunner. Estas son las pruebas de lo que os he dicho. Dadme vos las pruebas de que Roger se casa. Es una infamia tan grande, que no me atrevo á creerla.

Blunner tenía el alma acorazada contra las lágrimas de las mujeres, y si bien se sintió un momento conmovido, aquella impresion duró sólo un instante.

Se trataba de salvar setecientos mil francos y para salvarlos necesitaba de toda su serenidad.

Convencer á Juana de su desgracia era darla armas para deshacer el matrimonio de Roger con la señorita de Fonterose.

La compasion es buena alguna vez, pero el dinero es bueno siempre.

—Se me figura que habeis dado demasiada importancia á mis palabras, dijo. He dicho lo que podia suceder, es decir, lo que sucede en casos semejantes. Este pudiera ser una excepcion. Y por otra parte, ¿de qué os quejais? Ambarés os sedujo con palabras. ¿Por qué no le pedisteis actos? Es la historia de siempre. Una modista ó una institutriz que se arroja en los brazos de un caballero, confiado en su palabra de ho-

ner. Y supongamos que vuestro amante tuviera el capricho de cumplirla. Estando arruinado, en vez de ser uno, seriais dos los que os muriéseis de hambre. Creed á mi experiencia, y si quiere casarse dejadle que se case: os ama, él volverá á vuestros brazos.

—Teneis razon, exclamó Juana, arrojando las cartas encima del *secretaire*. Ese hombre no vale una sola de mis lágrimas. Os doy las gracias por haberme sacado del error en que vivia.

—¿No os opondreis á ese matrimonio, en caso de que se verifique?

—No.

—¿Me dais vuestra palabra?

—Sí.

—Yo os prometo que no perdereis nada renunciando á Ambarés. ¿Me permitireis que vuelva á veros?

—Sí, volved dentro de algunos dias. Necesito tranquilizarme. El golpe ha sido terrible, pero yo os demostraré que tengo fuerzas para soportarlo.

—Soy todo vuestro. Si necesitais algunos billetes de Banco, os los enviaré. ¿Cómo os llamis?

—Juana Trelan.

Al oir este nombre retrocedió Blunner, como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

—¡Juana Trelan! balbuocé.

—Sí. ¿Por qué os llama la atencion mi apellido?

—Por nada... por nada... ¿Sois de la isla de Borbon?

—En efecto.

—¿Hace mucho tiempo que estais en Francia?

—Diez años.

—He conocido á vuestro padre, y esta circunstancia...

—¡Ah! ¿Habeis conocido á mi padre?

—Sí, en el Havre. Creo que ha muerto.

—Sí.

—¿Dónde?

—Lo ignoro.

—¿Cosa mas singular! ¿Y su fortuna?

—Desapareció. A la vez quedé huérfana y pobre.

—¿Cosa más singular! volvió á decir Blunner. Repito que estoy enteramente á vuestra disposicion. Volveré.

Pero antes de salir se volvió, y mirando fijamente á Juana, añadió:

—¿Quedamos en que no os opondeis á ese matrimonio?

—Id tranquilo, le contestó Juana volviéndole la espalda.

En cuanto sintió cerrarse la puerta, Juana llamó á su doncella.

—Julia, le dijo, prepara mis maletas.

—¡La señora se val!

—Por ocho dias nada mas. Esta misma noche saldré de París.

—¿Acompañaré á la señora?

—No. Voy sola. No pongais en la maleta mas

que dos ó tres vestidos y otras tantas mudas de ropa blanca. En fin, lo absolutamente necesario. No perdais tiempo.

Cuando Juana se quedó sola, se dejó caer en una butaca y rompió á llorar amargamente.

¡Todo habia acabado para ella!

XXIV.

En país desconocido.

Cuando Juana partió de la estacion de Montparnasse llevaba el corazon oprimido.

Apenas sabia donde iba.

Si miraba hácia atrás, veia las espinas que habian destrozando sus piés, y si miraba hácia adelante, se presentaba ante sus ojos un horizonte todavía mas triste.

Sólo servía de punto de descanso á su espíritu, combatido por tantos dolores, el recuerdo de los lejanos sitios en que habia corrido su infancia, allá, al otro lado del mar.

En la isla de Borbon habia pasado los diez primeros años de su vida, rodeada de toda clase de cuidados, servida por esclavas de color, durmiendo en los brazos de una mujer indolente y dulce y corriendo por las calles de árboles de una magnífica quinta á la italiana.